

Volumen XXIII

Setiembre 1.º de 1928

Número 228

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR

de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTÁ

IMP. DE «LA LUZ»—CARRERA 7.ª, NÚM. 590.

MCMXXVIII

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Septiembre 1.º de 1928

Hernando Holguín y Caro (I)

Nació Hernando Holguín y Caro en Bogotá, el día 27 de marzo de 1871. Fue el hijo primogénito del doctor don Carlos Holguín y de la señora doña Margarita Caro. En él se unió la sangre de dos de las familias que han hecho sentir más su influencia en la historia política y social de Colombia.

Fue don Carlos Holguín un varón insigne, dotado de las más envidiables cualidades de inteligencia y de carácter. Hombre de sociedad, formidable periodista y orador parlamentario, dotado de una gran memoria, que le permitió adquirir una vasta ilustración, había nacido para la lucha y para el triunfo. Pocos hombres ha habido en Colombia de tanta seducción personal; de influjo más dominador; y al propio tiempo, de índole más generosa y benévola. En España dejó grata memoria en los salones aristocráticos y en los círculos literarios más refinados de su época. Fue un ejemplar de una cultura superior.

(1) Prólogo al libro de versos de Holguín y Caro, publicado con el título de *Fe y Amor*, por D. Antonio Gómez Restrepo—Roma. Scuola tipográfica salesiana—Vía Marsala, 42—1928. Pág. XLI + 87 en 8.º

CONTENIDO

<i>Hernando Holguín y Caro</i>	A. GÓMEZ RESTREPO.
<i>El día de Corpus</i> (poesía).... ..	H. HOLGUÍN Y CARO
<i>En el primer centenario de la muerte de Goya</i>	A. MÉNDEZ CASAL
<i>El impostor</i>	WILFRED SCOTT
<i>Elección de carrera</i>	JOEL CARRILLO B.
<i>Juan Vázquez de Mella</i>	
<i>Inauguración del busto de don Ricardo Carrasquilla</i>	
<i>Discurso</i>	E. RESTREPO SÁENZ
<i>Discurso</i>	JOSÉ EUSEBIO RICAURTE
<i>San Agustín, su vida y su labor.</i>	R. M. CARRASQUILLA

Doña Margarita Caro, la hija menor del gran José Eusebio Caro y la hermana de don Miguel Antonio, era una flor exquisita de delicadeza, de bondad y de discreción. Era el tipo de la gran señora bogotana, profundamente piadosa, sencilla y naturalmente distinguida; de clara inteligencia y no vulgar instrucción; de recto y elevado juicio y de alma sensible y compasiva. Al lado de dos hombres tan eminentes, como su esposo y su hermano, brillaba con luz propia; pero sin que jamás pretendiera llamar la atención sobre su persona. Su mérito la denunciaba, a pesar de su extremada modestia. Cuantos la conocieron, guardan de ella el recuerdo de una mujer superior, que por largos años presidió, sin presunción ninguna, a la sociedad de Bogotá.

En el seno de este hogar nació Hernando, quien presentó, en feliz consorcio, el fuego, el brío, el entusiasmo del Cauca, y el espíritu reflexivo, inclinado a la meditación y aun al misticismo, sin perjuicio de la observación sutil y benévolamente irónica de la realidad, que parece predominar en las alturas de la sabana.

Las influencias atávicas solían luchar por el predominio en el espíritu de Hernando: él mismo sentía y confesaba esta lucha en sus años de formación; pero luégo se armonizaron cuando se desarrolló plenamente la personalidad de Holguín, con sus condiciones propias y características.

Desde sus primeros años empezaron a manifestarse en Hernando, fuera de sus tiernos afectos domésticos, dos de los sentimientos que más influencia habían de tener en su vida: la piedad religiosa y el amor a las letras. Aún me parece verlo, cuando era apenas un niño, en el altar mayor de la Catedral, con sotana, sobrepelliz y bonete, como un minúsculo Luis Gonzaga,

siguiendo el servicio litúrgico que con tanto decoro se presta en nuestra hermosa Basílica. Quién le hubiera dicho entonces que su cuerpo, envuelto en el pabellón de la patria, recibiría al pie de aquel altar, los honores fúnebres en medio del dolor de todo un pueblo!

Hernando nació literato, y criado en medio de los libros; en una atmósfera eminentemente intelectual; oyendo las conversaciones de su padre y de su tío, y de otros ilustres hombres de letras que como parientes y amigos íntimos frecuentaban la casa, sus nativas aficiones se desarrollaron precozmente; y la lectura fue su distracción favorita. Aprendió de memoria los versos inmortales de su abuelo; y formó su gusto, de una vez y para siempre, en la noble escuela clásica de que era gran ornamento don Miguel Antonio. A la edad en que la mayor parte de los niños pide juguetes y se distrae en deportes infantiles, él buscaba la sociedad de los libros. Por esa época su padre había ido a España, en inolvidable misión diplomática. Tengo a la vista algunas de las cartas que el hijo le dirigía en mal formadas letras, las primeras; otras, en que se revela el rápido desarrollo de su inteligencia. En la más antigua, de 30 de junio de 1882, hallo la siguiente frase, que revela cuán lejos estaba el entonces niño de adivinar cuál había de ser su vocación en la vida: «No te doy noticias, como lo quieres, porque aquí no se habla más que de política, y yo la aborrezco y no quisiera ni que hablaran de ella delante de mí.» Lo cual no impide que agregue en posdata: «Se me olvidaba decirte que he ido a donde el doctor Núñez con tío Eusebio y volveré el domingo.» Más adelante, en 17 de octubre de 1884, el hijo amantísimo se expresa así: «Dime: ¿qué hay de límites con Venezuela? *Shall they never finish?* Instale a don Alfonso, dile, tórname a que apure, porque *I am in the pangs of the deseperation.*

Ya ves, ya hace otra vez un año que te fuiste y así pasarán las horas y los días *et anni*, y D. Alfonso impávido y sin pensar en nosotros. El debe de saber que tú tienes hijos que te idolatran y quieren verte todo el día; pero él no piensa en eso, sino en permanecer impávido sin decidir. Háblales a los de esa Junta que nombró el Rey, a ver si ellos hacen algo.» La candorosa impaciencia del niño no debía verse satisfecha por entonces. La prematura muerte del ilustre don Alfonso XII le impidió dictar el fallo, el cual fue pronunciado años después por Su Majestad la Reina Regente doña María Cristina, cuando don Carlos Holguín no era ya ministro en España, sino presidente de la República.

El niño que con tanta ingenuidad hablaba, cultivaba ya las letras. En abril de 1884 envía a su padre un gracioso romance, dedicado a la menor de sus hermanas, de quien había sido padrino de bautismo; y en el propio año, le encarga una lista de libros, más propios para la biblioteca de un profesor erudito que para el estante de un chico. Ya se marcaban claramente la seriedad de su carácter y la tendencia clásica de sus aficiones.

Hizo Hernando sus primeros estudios en el Colegio de San Joaquín, que dirigía su tío don Víctor Mallarino; institutor inolvidable, porque a él debieron su formación moral y su selecta cultura social muchos jóvenes distinguidos, que nunca olvidaron las lecciones y el ejemplo de aquel gran cristiano y perfecto caballero. Había, además, en ese colegio un ambiente familiar, debido a la esposa del director, doña Dolores Holguín, dama dotada de nobilísimas cualidades, entre las cuales sobresalían la bondad y la discreción. El colegio era, para su maternal afecto, como una prolongación de su propio hogar; que ya animaba con sus

infantiles gracias, la que había de ser más adelante, amadísima y llorada esposa del que esto escribe.

Apenas instalados en Bogotá, después de la transformación política de 1885, los Padres de la Compañía de Jesús, entró Hernando en el colegio, que provisionalmente habían abierto en el antiguo local del convento de la Enseñanza. Allí conoció a algunos de los padres, que habían de ser sus amigos de toda la vida: Mario Valenzuela, Luis Javier España, Daniel Quijano, Santiago Páramo; y más adelante, Nicolás Cáceres, Luis J. Muñoz, Luis Jáuregui y otros, no menos distinguidos. Más adelante, en 1887, pasó al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, restaurado bajo la docta dirección de don Carlos Martínez Silva y luego de don José Manuel Marroquín, para completar sus estudios de literatura y filosofía; y siguió en el Seminario el curso de física que daba el eminente doctor Joaquín Gómez Otero.

En 1887, el Padre Daniel Quijano, de dulce memoria, deseoso de aprovechar y estimular las aficiones literarias de unos cuantos jóvenes, fundó la Academia Católica, que tuvo sus primeras reuniones en el salón principal de San Bartolomé, y celebró varias sesiones solemnes, allí, y luego en el salón de grados, en las cuales dieron gallarda muestra de su ingenio, Hernando, que era el alma de aquella asociación, José Joaquín Casas, gran poeta desde sus ensayos juveniles; Miguel Abadía Méndez, ya entonces doctísimo juriconsulto y humanista; y otros cuantos jóvenes, que después han descollado en las letras y en la política. Me tocó la honra de presidir la Academia en los breves años de su florecimiento; pues cuando ya tenía local propio y contaba con una excelente biblioteca, la mató la política, introducida allí por algún elemento

díscolo, de esos que nunca faltan en los cenáculos juveniles. Hernando, que había empezado a ser conocido como poeta en 1885, cantando al general Quintero Calderón, héroe de «La Humareda», en versos esmaltados de reminiscencias de sus amados clásicos españoles, tomó parte, como queda dicho, en esas sesiones solemnes; y esta colección de sus versos se abre con las composiciones que allí declamó, dedicadas a San Pedro Claver y a Santa Isabel de Hungría. Son poesías de ferviente inspiración religiosa, en que aparece ya la tendencia mística, que dominó siempre en el espíritu de Hernando; y de forma severamente clásica; con una curiosa combinación de influencias de Fray Luis de León y de Quintana. Este último lo fascinaba, por la rotundidad y vigor masculino de sus versos y por la elegancia y majestad de sus periodos poéticos; aun cuando nada más lejano del sensible y religioso espíritu de Hernando que el orgulloso y seco filosofismo del cantor de la imprenta. Más adelante, abandonó un poco el culto de Quintana por el de Núñez de Arce, que era el poeta favorito de la juventud de la época. Las nuevas generaciones no se dan cuenta de la fascinación que entonces ejercía el cantor del *Idilio* y de los *Gritos del combate*. Hoy está de moda el desdeñarlo, a mi modo de ver, con grande injusticia. Padece el eclipse que suele venir después de un largo período de popularidad; y de que sufrieron en su tiempo aun genios de la talla de Lamartine y Byron. Pero la reparación póstuma llega, cuando se trata de poetas de verdad, como lo fue Núñez de Arce.

Tuvo Holguín natural tendencia al clasicismo, pero no al artificioso y contrahecho, sino al que ha definido recientemente Hugo Ojetti en estos concisos términos que aquél habría aceptado: «Clasicismo quiere decir

ideas claras, medida, proporción, modestia y buen sentido» (1).

Cuando dirigió la mirada a aquel período, en que viví en fraternal compañerismo con Hernando y con José Joaquín Casas, viéndonos todos los días; comunicándonos nuestros proyectos; nuestras impresiones; las noticias políticas y literarias; no puedo reprimir un sentimiento de honda melancolía, al comparar la alegría de aquella aurora, con la tristeza de la hora presente. Vivimos en un mundo aparte, fuera de la prosaica realidad: todo era entusiasmo, idealismo, culto del bien y de la belleza; ilusiones tan inocentes como risueñas. Era día de fiesta aquel en que llegaba una obra nueva de nuestros autores favoritos: Pereda, Menéndez Pelayo, Valera, la condesa de Pardo Bazán; o un poema de Campoamor o de Núñez de Arce. Oíamos como un oráculo la enseñanza literaria y política del señor Caro, entonces en el pináculo de su prestigio; y seguíamos con atención reverente el vuelo de águila del pensamiento del doctor Núñez, que amaestraba al país desde su retiro de Cartagena. Era una época de tranquilidad profunda y de renacimiento espiritual. De Francia llegaban las novelas en que Bourget iniciaba su reacción espiritualista contra el naturalismo pseudo científico de Zola; y las obras en que Faguet y Brunetière empezaban a mostrar su desvío por la influencia de Voltaire y de la Enciclopedia. El partido que había realizado la transformación política conservaba su imponente unidad, sólo perturbada por transitorias disidencias, que más adelante habían de convertirse en escisiones profundas. Después de una guerra general, remate de un largo período de crónicas convulsiones, el país gozaba de una paz, que parecía anunciarse como

(1) En su libro *Tintoretto, Canova, Fattori*. Milano, 1928.

duradera. La sociedad de Bogotá era tan sencilla como elegante y distinguida. Había menos comodidades que ahora, pero se hacía, en el seno de las familias y en los círculos afines, una vida más íntima y cordial. El malogrado e ilustre escritor francés Mr. D'Espagnat, recuerda con emoción, en su libro de viajes, el encanto de las veladas y visitas nocturnas en las casas aristocráticas de Bogotá. Y había de vez en cuando grandes fiestas, de inusitado esplendor. Aun conservaba la ciudad un sello eminentemente literario, que se advertía hasta en las reuniones puramente sociales, y en los paseos campestres; contribuyendo a acreditar la leyenda de que Bogotá era la Atenas americana.

En este ambiente simpático y en la porción más selecta de las familias bogotanas, se inició Hernando en la vida social, en la cual entró sin timidez pero sin arrogancia; con la seriedad propia de su carácter; pero con la sana alegría que era dón envidiable de la familia Holguín. No fue amigo del baile; pero cultivó la esgrima y la equitación; y llegó a ser un hábil tirador de pistola. Su trato social era franco y ameno, inclinado, en la intimidad, a la chanza delicada y decorosa. Jamás se permitió una familiaridad ni aun con las personas que trataba con la mayor confianza. Fue, desde sus primeros años, un irreprochable caballero.

Y era además, un alma inocente y pura, inaccesible al mal, no porque lo desconociera, sino porque nunca el vicio tuvo el menor atractivo para él. Era casto por instinto, y austero por convicción. No corrió los peligros de la mocedad; ni sintió una de esas pasiones prematuras que a veces deciden de la suerte de los hombres. Lo conocí íntimamente; y tengo la convicción de que llegó a la edad viril con la pureza de un niño.

En 1887 regresó de España don Carlos Holguín. Fue un gran placer para el hijo el tener de cerca a

aquel padre, tan querido y admirado; y poder aprovechar de su ameno e instructivo trato; de las lecciones de su larga experiencia; del tesoro de recuerdos y enseñanzas que guardaba en su admirable memoria. El doctor Núñez confió a don Carlos el Ministerio de Relaciones Exteriores y luego el de Gobierno; y deseoso de retirarse del ejercicio del poder, no ocultó su deseo de que lo reemplazara Holguín, su viejo amigo y constante compañero, en la Presidencia de la República, en calidad de Designado. El Congreso correspondió con voto unánime a esta aspiración del Jefe del Estado; y el 7 de agosto de 1888 tomó posesión Holguín del mando supremo, que debía ejercer por cuatro años, por sucesiva reelección del Congreso.

Era Holguín el primer Presidente de origen conservador que entraba en palacio desde la caída del régimen constitucional en 1860: honor muy grande, pero responsabilidad terrible; porque es difícil, si no imposible, llenar las desmesuradas aspiraciones y aun los sueños que se ha forjado un partido que por tantos años se ha visto alejado del poder, y aspira a la realización pronta y total de sus ideales.

Tuve la honra, a pesar de mi juventud e inexperiencia, de ser llamado a desempeñar la Secretaría privada del nuevo Presidente; y con tal motivo, pude conocer a esa familia en todos los trances, ya prósperos, ya adversos, porque pasó durante su permanencia en la mansión oficial. Presidía la venerable matrona doña Blasina Tobar, viuda del gran Caro y una de las mujeres de más rápida y penetrante visión que he conocido. Su mirada iba hasta el fondo del alma y adivinaba el móvil oculto de las acciones. Con un solo rasgo juzgaba a los hombres. Muchas de las condiciones que adornaron a su hijo don Miguel Antonio, le vinieron a éste por herencia.

Doña Margarita, como tuvo ocasión de recordarlo con motivo de su muerte, se reservó en palacio el ministerio de la misericordia. Nadie llegó allí sin ser atendido por aquella egregia dama, que supo enjugar muchas lágrimas y que sobrellevaba con inalterable dulzura las impertinencias y aun las ingratitudes de los prójimos. Era una reina sin corona; y sin otras damas de honor que el coro de sus hijas.

Para Hernando hubiera podido ser sumamente peligrosa la larga permanencia en el palacio presidencial. Ciertamente allí se llevaba una sencilla y austera vida de familia; y que la vanidad no tuvo entrada en aquellos salones. El doctor Holguín y su esposa guardaron el decoro del puesto; pero no dejaron de ser lo que siempre habían sido: miembros cariñosos de la sociedad bogotana. Pero esto no podía impedir los peligros que forzosamente tenían que rodear a un joven, que se veía colocado en el pináculo social y era blanco apropiado para la adulación y la lisonja. Un joven de veinte años está, en esas circunstancias, rodeado de tentaciones; y puede dar albergue en su corazón a antipatías y odios profundos. La política es un palenque en donde se reciben cruentas y envenenadas heridas. Ya para entonces Hernando tenía un vasto conocimiento de la política del país. Había descubierto su verdadera vocación. Pero para prepararse a ella dignamente no se limitó a la parte práctica; y en vez de consumir su tiempo en el juego de intrigas en que tanto se complacen ciertos profesionales de la política, quiso dar a su carrera una base sólida; y el hijo del presidente salía de palacio, no para ir a buscar las distracciones de un club, sino, con el libro debajo del brazo, para encaminarse a la Escuela de Derecho, a seguir los cursos del doctorado.

Muy eficaz concurso prestó Hernando a su padre,

durante la presidencia de éste; y más de una vez el político experimentado y envejecido en la lucha, atendió y siguió los consejos y las indicaciones de su hijo. Aun cuando éste era de temperamento ardoroso, como que tenía en su corazón una chispa del fuego que anima a los hijos del Cauca, tierra de su padre, era, por otra parte, profundamente piadoso y caritativo; y jamás supo albergar odio ni aun contra los que más duramente persiguieron a su progenitor. Fue siempre inclinado a la conciliación; y unir le parecía más noble tarea que la de dividir y anarquizar.

En diciembre de 1890 quiso Hernando aprovechar las vacaciones de la Facultad para visitar el Cauca, cuna de sus mayores, y uno de los más eficaces centros de la actividad política del país. Marchó en compañía de su primo y amigo, el simpático y malogrado Alfonso Delgado. No imaginó Hernando que aquel era uno de los momentos decisivos de su vida. Sabía que iba a encontrar en Cali numerosa familia, que estaba pronta a recibirlo con los brazos abiertos; pero no sospechaba que en una de esas casas, en la de sus tíos don Enrique Holguín y doña María de Jesús Lloreda, se ocultaba la que Dios le tenía destinada para ser su compañera y la felicidad de su vida. Ver a su prima Mercedes y prendarse de ella, fue todo uno. En Bogotá había tenido ocasión de acercarse a bellas y distinguidas señoritas; por algunas había sentido simpatía; pero no había entregado a nadie su corazón, que estaba virgen de afectos y que tomó el amor como un culto. Su suerte quedó fijada irrevocablemente. No podía pensar entonces en casarse: era demasiado joven, no había terminado su carrera; no se había creado todavía una posición independiente y propia. Pero comprendió que o realizaba ese enlace o debía renunciar a la felicidad doméstica.

Hubo mucho de providencial en este encuentro; así como en la espontánea atracción que ejerció sobre Hernando su prima, podemos ver la influencia de misteriosas afinidades electivas. No habría encontrado él en parte alguna una persona más conforme con sus aspiraciones; más propia para hacerlo feliz; más capaz de comprender la elevación espiritual, la tendencia mística, unida a una irresistible vocación apostólica, que hicieron de Hernando un discípulo de Ozanam. Lo amó con toda el alma; tuvo por él solicitudes maternas; lo alentó en sus horas de dolor; y admiró como nadie las excelsas cualidades de su sér moral.

En 1892 cesó el doctor Holguín en el ejercicio del poder. Lo acompañó el aplauso unánime de su partido y aun tuvo las simpatías de personalidades eminentes del opuesto. Más adelante, volvió a merecer una especie de plebiscito de sus copartidarios, con ocasión del gallardo torneo periodístico que sostuvo, en sus célebres *Cartas políticas*, con uno de los más eminentes escritores liberales, don Santiago Pérez. Pero la política es voluble y en ocasiones cruel con sus grandes servidores; y en 1894 se desató contra Holguín una oposición turbulenta, a la cual él hizo frente con varonil denuedo, como hombre habituado a la lucha; aun cuando ya su salud quebrantada anunciaba el próximo vencimiento físico. Fue un período de grandes amarguras para la familia de Holguín; y Hernando sufrió de rechazo el rudo golpe que hería a su padre, y sintió un desencanto del mundo y de la política que, si se hubiera tratado de un hombre de vocación menos definitiva, hubiera podido cambiar radicalmente el curso de su existencia. Pero la muerte de don Carlos, ocurrida el 19 de octubre de aquel año, en medio de la general consternación del partido de que había sido timbre y ornamento, puso a su hijo mayor enfrente de la dura

realidad; y él asumió valerosamente el nuevo papel que le correspondía como jefe de su familia, encargado de ser el consuelo de su madre y el consejero y guía de sus hermanos. En 1895 terminó su carrera de abogado, recibiendo el diploma de doctor en derecho y ciencias políticas, en momentos en que estallaba la guerra civil, que volvía a ensangrentar el suelo de la patria, después de diez años de paz. Afortunadamente aquel movimiento revolucionario fue sofocado en pocos meses; y entonces la familia de Hernando le instó para que antes de establecerse definitivamente en Bogotá, hiciera un viaje a Europa. Fue para mí que estaba en Madrid, como secretario de la Legación, un día de placer aquel en que recibí la carta en donde me anunciaba Hernando su próximo viaje: volvía a reunirme con el que había sido mi constante compañero de tantos años! El 19 de julio de 1895 llegó a Madrid. Con grande emoción pisó él la tierra de la madre patria, y conoció la ciudad en donde su padre había desempeñado tan brillante papel.

Su primer deseo fue visitar a los amigos de don Carlos. Algunos, desgraciadamente, habían fallecido, entre ellos, el más cariñoso, el que en una carta memorable había inmortalizado el recuerdo de las relaciones que había cultivado con Holguín, el gran novelista don Pedro Antonio de Alarcón. Pero otros vivían aún y acogieron cordialmente a Hernando. Entre sus mejores recuerdos estaba la visita a Núñez de Arce, de que da cuenta a su madre en carta de 23 de julio. Se encontraba el gran poeta en el Escorial. Y dice Hernando, después de hacer una rápida descripción de lo que vio en aquel grandioso sitio: «Vi algo más en el Escorial, vi a Núñez de Arce.... Si ya se han repuesto de la primera impresión, sigo! Fuimos a verlo, pues está veraneando en una casita del Escorial. Cuando le anunciaron que estábamos ahí, nos hizo entrar al jardín.

Un gran abrazo me dio (si grande puede ser el de persona tan chiquita) cuando Gómez le dijo quién era yo. Nos llevó entonces a un espléndido jardín, y nos sentamos los tres debajo de un hermosísimo emparrado. El día estaba magnífico, y era el mismísimo Núñez de Arce, el de la *Selva oscura*, y *Castelar y Ríos Rosas*, el que estaba ahí, en carne y hueso. Eso sí: yo iba tan preparado, que a Gómez le dije antes de entrar: de todos los hombres de España y de Europa, Núñez de Arce es el que yo deseo más ver. Nos recibió con verdadera amabilidad, y nos hemos estado con él dos horas, por lo menos. Nos sirvió de un vino exquisito, hizo que viniera la señora, para presentarnos, y un sobrinito a quien tienen como hijo. Yo estaba encantado verdaderamente, viéndolo y oyéndolo hablar; y las niñas me daban vuelta por todos lados, no conformándose con que no estuvieran ahí. Lo veía y lo examinaba de pies a cabeza, y pensaba en todas las cosas tan grandes y tan hondas que habían pasado por esa cabeza; y en todo lo que él había sentido para poder decir todo lo que ha dicho. Es sumamente sencillo, la cara severa, pero amable y con unos ojos muy vivos. Y recibiéndonos en un lugar que ni mandado hacer para verlo así, idealizado!»

Estábamos en lo fuerte del verano. Era preciso salir de España; y lo hicimos por Barcelona; allí encontramos a mi fraternal amigo el insigne escritor catalán don Antonio Rubió y Luch, recién llegado de Atenas, en donde había sufrido una repentina enfermedad en los ojos, que estuvo a punto de dejarlo ciego. En su compañía visitamos hermosos sitios de la regia ciudad condal. Luégo estuvimos en Manresa e hicimos la peregrinación al célebre santuario de Montserrat. De España pasamos a Francia; encaminándonos a Aix-les-Bains, en donde se encontraban don Gonzalo Mallarino

y su esposa, tíos de Hernando; y los señores don Rufino y don Angel Cuervo. En tan selecta compañía pasamos días inolvidables; unas veces navegábamos en el lago Bourget, inmortalizado por Lamartine, cuyas divinas estrofas repetíamos con juvenil entusiasmo; otras veces recorríamos los sitios más bellos de Saboya, y hacíamos excursiones como la de la Gran Cartuja de Grenoble. Para el espíritu idealista de Hernando fue motivo de honda emoción el pasar la noche en aquel célebre monasterio medioeval, fundado por san Bruno; y asistir a las doce al canto de los maitines, entonado por aquella comunidad de monjes penitentes, de blancos hábitos y la mayor parte de cabellos y barba blancos también. Pocos sitios hay tan hermosos y tan propicios a la contemplación como aquel monasterio, escondido en la soledad de los bosques, y a donde solo llegan los solemnes ruidos de la naturaleza. Hoy día la Gran Cartuja es un cuerpo sin alma: subsisten los muros, pero han desaparecido los religiosos que hacían al viajero tan amable acogida y le daban a gustar el delicioso licor, cuya fabricación constituía una de las mejores industrias de Francia.

En el mes de septiembre pasamos a Italia, en compañía de Augusto Borda, entonces nuestro encargado de negocios y el guía más excelente que podía encontrarse para una excursión de esta clase. Porque Augusto no sólo era un amigo admirable y un gentilísimo caballero, sino un artista de corazón, eternamente enamorado de Italia, en donde había pasado los mejores años de su juventud y que conocía perfectamente, mucho más que su propia patria, de donde había salido casi adolescente. Aquel viaje fue para Hernando y para mí una verdadera embriaguez de arte. Nos pareció entrar en un reino encantado, en donde la belleza había derramado sus dones, haciendo de cada sitio un paraíso

y de cada ciudad un museo. Los largos lombardos nos hechizaron: cruzamos el de Como repitiendo las primeras frases de la novela inmortal de Manzoni; y en algún lugar de la orilla nos pareció ver llegar a don Abundio. Milán, con su Duomo y la Cena de Leonardo; Pavia con su Cartuja; Venecia, con sus misteriosos canales, su incomparable plaza de san Marcos y las maravillas que en sus iglesias y en el palacio de los Dogos dejaron Tiziano, Veronese y Tintoretto; Padua, con su basílica de san Antonio; Verona, con los recuerdos de Romeo y Julieta; Parma, con las maravillas del pincel de Correggio; la celestial Umbria, Asís, Siena, Perugia, con el poema divino de san Francisco, y el que allí entona eternamente la naturaleza, como en ninguna parte dulce, armoniosa y suave; Bolonia, con sus torres y portales vetustos y la Santa Cecilia de Rafael que guarda en su Pinacoteca; Loreto, con su bella tradición mariana y su humilde casita, incrustada en el corazón de suntuosísimo templo; Recanati, la melancólica, enaltecida con el recuerdo de Leopardi; Florencia, la Atenas de los tiempos del Renacimiento, cuna de titanes; y en donde el arte ha dejado su huella imperecedera hasta en las piedras de los senderos; Pisa, con su torre inclinada y su bautisterio; Ravena, la bizantina; Nápoles, de cuyo golfo azul parecen todavía surgir las sirenas; Sorrento, Amalfi, Pestum, con su magnífico templo griego de Neptuno; Pompeya, que asoma la frente por entre su sudario de lavas; todo esto desfiló ante nuestros ojos atónitos y deslumbrados, y todo esto fue como preparación para la visión suprema, la de la Ciudad Eterna, cuyo polvo no puede pisarse sin sentir la impresión de lo sublime y extraterreno.

Entre las más gratas emociones de aquellos días está la visita al gran Pontífice León XIII, cargado ya

de años y de gloria. Oímos una misa que celebró en la Capilla sixtina; y al escuchar las trompetas de plata que anunciaron su aparición, nos pareció que los frescos de Miguel Angel se animaban y que todas esas figuras sobrehumanas rendían homenaje al anciano casi nonagenario, de ojos de fuego y de figura exangüe, de transparente blancura. Luégo, tuvimos la honra de ser recibidos por él, de oír de su augusta boca palabras de amor hacia la patria y de recibir la bendición de sus manos temblorosas.

Habitaba Augusto Borda un departamento vecino a la escalinata de la plaza de España, que hoy está convertido en museo inglés, porque allí pasó sus postreros días y exhaló su último aliento el grandísimo poeta John Keats. En la alcoba misma donde éste languideció, «sintiendo—como él decía—las margaritas que crecen sobre mi sepultura»; nos reuníamos a hacer comentarios sobre lo que habíamos visto y a preparar las nuevas excursiones. El Moisés de Miguel Angel nos dejó estupefactos. De otras maravillas nos habíamos formado una idea aproximada por las reproducciones fotográficas; pero del Moisés nos pareció como si surgiera de nuevo de las manos creadoras del genio y nos anonadara con su no sospechada grandeza.

En el mes de noviembre nos despedimos con tristeza de Roma. Cómo hubiera podido yo imaginar que corriendo los tiempos había de volver a la Ciudad Eterna, para dejar enterrada a mi esposa, y con ella, mi corazón, en el sagrado suelo de su camposanto, bendecido con el recuerdo del martirio de san Lorenzo!

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

(Concluirá)

